



Foto de familia de algunos de los miembros de la Asociación Mujeres en el Vaticano.

¿Cómo son las mujeres que trabajan en la Santa Sede?

Margherita Maria Romanelli, presidenta de la Asociación Mujeres en el Vaticano, asegura que nunca se ha sentido incómoda allí por ser mujer

Su sonrisa es plena. Su mirada serena y abierta. Su cabello rojizo y su estiloso y elegante modo de vestir expresan parte de su personalidad. Su capacidad de acoger al que viene de lejos forma parte de ella, quizá por eso sientes desde que el primer momento que puedes confiar en ella. Pero es al conocerla más cuando percibes su profesionalidad, energía, creatividad, y profundo compromiso. Margherita Maria Romanelli es presidenta de la Asociación Mujeres en el Vaticano (D.VA-Donne in Vaticano).



Marta Isabel González Álvarez
@migasocial

N

ació en Roma el 5 de diciembre 1963 en una familia católica y practicante. Aunque recibió toda la formación y catequesis relativa a cada sacramento, como fruto de la revolución de 1968 dejó de frecuentar su parroquia. Y sólo gracias a la implicación de algunos compañeros que la invitaron a unirse al movimiento G.A.M-Gioventù Ardente Mariana, redescubrió el don de la fe. Su formación humanística la llevó a graduarse con una tesis experimental sobre el Estatuto de los Refugiados Políticos analizando qué debía cambiar para las nuevas migraciones que se estaban produciendo.

—¿Qué significa para una mujer trabajar en el Vaticano?

—Comencé en 1994 en el Pontificio Consejo Justicia y Paz como administradora. Para mí, trabajar en la Curia romana es, ante todo, un servicio al Santo Padre y a la Iglesia universal que quiere ser signo, testimonio de la igual dignidad de los hijos de Dios en virtud del Bautismo, independientemente de la vocación que recibamos como laicos, consagrados y clérigos.

Sin embargo, a pesar de que el Concilio cambió la comprensión teológica de la Iglesia de una estructura piramidal a una circular, todavía hoy se identifica a la Iglesia sólo con el Vaticano o con la jerarquía y los sacerdotes.

—¿Han cambiado las cosas para las mujeres en el Vaticano desde que usted entró?

—En 2017, el Pontificio Consejo Justicia y Paz, junto con el Consejo Cor Unum, el de Agentes Sanitarios y el de Migrantes se fusionaron en un solo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. En él había ya varias “cuotas rosas” junto con los laicos, casi a la par con el clero. Cuando yo llegué, sin embargo, los laicos no tenían funciones de alto nivel. Recuerdo a una colega de mi edad que, en 1995, había sido enviada en nombre de la Santa Sede a una conferencia internacional en

Bangkok. Su presencia fue acogida con una sorpresa positiva por los participantes, que esperaban ver llegar a una monja o a un sacerdote del Vaticano.

Personalmente, nunca me he sentido excluida o incómoda por ser mujer; al contrario, me sorprendió positivamente saber que tanto los hombres como las laicas cobraban el mismo sueldo y se jubilaban a la misma edad de 65 años. La presencia de mujeres ha crecido con los años y en 2019 a través de una encuesta de Vatican News realizada por Gudrun Sailer en las oficinas del personal de la Santa Sede, sabemos que el 22% del total del personal eran mujeres. Hoy sin duda el porcentaje ha aumentado.



Margherita María Romanelli.

“Hombres y mujeres no podemos existir separados, somos complementarios. Y esto sirve tanto para la mujer que trabaja en la Iglesia local como la mujer que trabaja en la Curia Romana”

Con los Papas

—¿Con cuántos Papas ha trabajado?

—Entré a trabajar en el Vaticano con San Juan Pablo II y guardo maravillosos recuerdos de los frecuentes encuentros en las Asambleas Plenarias del Concilio y en las visitas pastorales a las parroquias y las Jornadas Mundiales de la Juventud instituidas por él. Participé activamente en la primera JMJ en 1986 y aprendí un canto a la Virgen en polaco que a Juan Pablo II le encantaba.

En 2011, 25 años después del primer encuentro de oración por la paz en Asís, viajamos junto a Benedicto XVI y representantes de otras religiones del mundo en el mismo tren directamente desde la Ciudad del Vaticano a Asís. Recuerdo la profundidad de las palabras y gestos del Papa Benedicto XVI en aquella ocasión.

Con el Papa Francisco, el primer encuentro personal fue en 2013, en la Misa de las 7 de la mañana en su residencia de Santa Marta. Fue una nueva experiencia de cercanía y contacto con un Papa, pero también con un jefe, empezando por la celebración eucarística comunitaria y luego el saludo que dio a cada uno. Lo sentí como un padre, un abuelo cariñoso y

empático, tanto que lo besé como se hace comúnmente con un amigo.

En 2017 vino personalmente a visitar el recién creado Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y durante más de una hora respondió a nuestras preguntas. Pero antes, recorrió cada oficina encontrándose con todos en su lugar de trabajo. Cuando llegó a mi despacho cogí un cuenco de caramelos que tenía sobre la mesa y se lo ofrecí. Él se sirvió y me preguntó sobre mi trabajo.

—¿Cómo han apoyado cada uno de estos Papas a las mujeres?

—De San Juan Pablo II recuerdo con cuánta expectación acogí la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* de 1988 sobre la dignidad de la mujer y su vocación, llamada a adquirir una influencia, un resplendor, un poder en la sociedad que no se tenía en cuenta. La Carta surgió en un momento histórico de profundas transformaciones, invitando y promoviendo a las mujeres a trabajar para ayudar a la humanidad a no perder su dignidad en la complementariedad y reciprocidad entre el hombre y la mujer, en la valoración del genio femenino, tomando a María como modelo.

Ese mismo año, la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* retomó el interés por las mujeres, invitándolas a reconocer su indispensable contribución a la edificación de la Iglesia y al desarrollo de la sociedad, y a hacer un análisis más específico de la participación de las mujeres en la vida y en la misión de la Iglesia.

Benedicto XVI, en su audiencia de los miércoles, el día de San Valentín, 14 de febrero, de 2017 dedicó toda su catequesis a la mujer, afirmando que “la historia del cristianismo se habría desarrollado de manera muy diferente si no hubiera existido la generosa contribución de muchas mujeres”.

El Papa **Francisco** ha hablado en diversas ocasiones de las mujeres, como en la

fiesta de María Madre de la Iglesia, el 1 de enero de 2022: “¡Cuánta violencia hay contra las mujeres! ¡Ya basta! Hacer daño a una mujer es ultrajar a Dios, que tomó la humanidad de una mujer, no de un ángel, no directamente: de una mujer”.

Una asociación en el Vaticano

—¿Qué es la asociación Mujeres en el Vaticano-D.V.A?

—D.V.A es una asociación con personalidad jurídica inscrita en la Oficina de Registro de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y, como su nombre indica, está compuesta por mujeres que trabajan o han trabajado en la Santa Sede, en la Curia Romana y/o en instituciones relacionadas, ya sean laicas, religiosas o consagradas.

Nació en 2016 de la idea de algunas colegas procedentes de diferentes países, urgidas también por algunas embajadoras ante la Santa Sede, con el deseo de crear una red para responder a las necesidades concretas de las mujeres empleadas en los diversos Dicasterios. Su fin es valorizar nuestra presencia femenina y nuestras capacidades, y ayudarnos a crecer profesional y humanamente, en un ambiente clerical y dominado por los hombres. Nos anima a vivir la vida profesional como una particular vocación cristiana al servicio del ministerio petrino a través de encuentros, proyectos sociales de solidaridad y formación cultural y espiritual.

Yo soy miembro fundador y la segunda presidenta, elegida en la Asamblea de 2021. Actualmente somos un centenar de socias, pero el número fluctúa de año en año debido también a la internacionalidad de las socias que, por jubilación o por un periodo fijo de trabajo, regresan a sus países de origen. De España hoy sólo forma parte hoy en día **Ángela Núñez**, que trabaja en la Biblioteca Apostólica Vaticana, y hasta hace bien poco contábamos también contigo, **Marta** [sonríe].



Nuestro sentido de pertenencia está en caminar juntas por un bien común, reconociendo nuestra peculiaridad e identidad, lo que nos ayuda a crecer en el “ser” hermanos y hermanas de una misma familia humana para “experimentarnos” hijos e hijas de un mismo Padre. Es una pertenencia voluntaria y quien llega aquí es porque se siente bien, querida y acogida.

Cada una viene con su propio bagaje de experiencias familiares, religiosas y laborales que pueden enriquecer a las demás. Hoy estamos llamadas a escuchar y vivir D.V.A; mañana confío en que el Espíritu Santo inspire y suscite a otras mujeres que den testimonio de lo que han recibido.

—Con ustedes está nada menos que el Padre **Federico Lombardi**. ¿Cuál es exactamente su papel?

—En nuestros estatutos tenemos la presencia de un guía espiritual con la tarea de acompañar las actividades. No tiene por qué ser necesariamente un sacerdote, pero el P. **Federico Lombardi**, SJ. desde su



Algunas de las componentes de la Asociación de Mujeres en el Vaticano, que organizan actividades de formación y culturales. A la derecha, la autora del artículo, con el P. Lombardi.

época de director de programas de Radio Vaticano, ha conocido a muchas mujeres, entre ellas las miembros fundadoras (periodistas), a las que ha animado, acompañado y apoyado en la creación de la Asociación. Con ocasión de su 80 cumpleaños en 2022, nos agradeció lo mucho que ha contribuido a su crecimiento humano y sacerdotal la presencia de las mujeres.

En el mundo laboral

—¿Qué papel puede desempeñar la asociación como interlocutor dentro del Vaticano para conseguir mejoras prácticas en la situación laboral interna?

—En nuestros estatutos no tenemos fines políticos y/o sindicales y no pretendemos interferir en las competencias de las oficinas de la Santa Sede. En la Curia Romana ya existe una Oficina del Trabajo (U.L.S.A.), y también una Asociación de Empleados Laicos (A.D.L.V.). Las mujeres somos más proclives a darnos cuenta de las necesidades más pequeñas, que pue-

den escapar a la complejidad de las necesidades más grandes.

En ese sentido hemos pedido una tarjeta especial de identificación para todos los pensionistas, que no existía simplemente porque nadie lo había señalado. También hemos solicitado un pasillo especial para los pensionistas en la Farmacia Vaticana, y también una guardería para las madres trabajadoras ¡que esperamos se inicie pronto!

—¿Cuál es, en su opinión, el papel de la mujer en la Iglesia?

—Creo que la finalidad es la misma que la de los hombres, en virtud del propio Bautismo y del sacerdocio común al que estamos llamados. El contexto y las modalidades cambian, pero no podemos existir separados, somos complementarios. Y esto sirve tanto para la mujer que trabaja en la Iglesia local como la mujer que trabaja en la Curia Romana.

Más que empujar, yo diría que necesitamos adquirir conciencia para ser una

presencia transformadora que dé sabor y levadura tanto en la Iglesia como en la sociedad en la que vivimos. En mi experiencia en la Iglesia y en la Curia Romana, la contribución de las mujeres es muy importante para la mediación entre partes opuestas, la resolución de conflictos y la reconciliación cuando está en juego la unidad de la comunidad, incluso en el lugar de trabajo.

Mujeres que admira

—¿A qué mujeres admiras y te inspiran más dentro de la Iglesia y por qué?

—Santa Catalina de Siena vivió en una época en la que las mujeres no eran tenidas en cuenta y a pesar de su origen humilde y de ser casi analfabeta, mantuvo relaciones políticas y religiosas con los poderosos de la tierra a los que se dirigió no con autoridad, sino con autoridad y humildad para conseguir la paz y el bien común.

Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz, gran modelo de buscadora de la Verdad que a través de la investigación filosófica llegó al catolicismo, encarnando una síntesis entre sus raíces judías y su redescubierta fe en Jesucristo.

Santa Madre **Teresa de Calcuta**, a la cual he podido conocer en persona y que, en su pequeñez física e interior, a través de su incansable trabajo humano con los moribundos y los marginados infunde fuerza y valor al devolver al hombre su dignidad de persona. Esa gota, como ella decía, que parece inútil pero que junto a otras gotas conforma el Océano.

Pero pienso también en las muchas mujeres “desconocidas” cuyas diversas habilidades contribuyeron a la construcción de la Basílica de San Pedro, como se documenta en el archivo histórico de la Fábrica de San Pedro, como son los casos de **Assunta di Sante** y **Simona Turriziani**, y otras artistas, artesanas y empresarias de los siglos XVI al XIX. ■